

IDENTIDAD DISTÓPICA: LA MALEABILIDAD IDENTITARIA EN *EL CUENTO DE LA
CRIADA Y LOS TESTAMENTOS* DE MARGARET ATWOOD

ECLIPSE AGUDELO MARTÍNEZ

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLÍN

2023

IDENTIDAD DISTÓPICA: LA MALEABILIDAD IDENTITARIA EN *EL CUENTO DE LA
CRIADA Y LOS TESTAMENTOS* DE MARGARET ATWOOD

ECLIPSE AGUDELO MARTÍNEZ

Trabajo de grado para optar al título de Profesional en Estudios Literarios

Asesor

MIGUEL ÁNGEL BRACHO

Licenciado en Filosofía y Letras. Maestría en Hermenéutica

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESTUDIOS LITERARIOS

MEDELLÍN

2023

20 de mayo de 2023

Eclipse Agudelo Martínez

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en ésta o en cualquier otra universidad”. Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.



Para toda la humanidad, recuerden que una distopía no es una imposibilidad, sino la misma realidad con tintes más extremos. Tenemos la opción de cambiarlo.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Paula Dejanón Bonilla y a Edouardo Imbachi por haberme inducido en un primer momento ante la teoría literaria, sin ustedes, nada de esto sería posible.

De igual manera, todos mis agradecimientos a mi asesor, mentor y gran amigo Miguel Ángel Bracho, gracias por haber recorrido parte de esta travesía a mi lado y haberme apoyado incondicionalmente en todo momento tanto para asuntos académicos como personales.

Y ante todo, mis agradecimientos a mi familia: mi padre Rubén Agudelo, mi madre Ana Cristina Martínez y mi hermano Nicolás Agudelo, pues han sido ustedes quienes lucharon y padecieron a mi lado para lograr alcanzar esta meta.

CONTENIDO

1. Introducción. El acontecer apocalíptico.....	Página 8 a 20.
1.1. La distopía como reflejo social	
1.2. Género e identidad como elementos contextuales	
1.3. El devenir	
2. Capítulo I. Nombrando al sujeto.....	Página 21 a 28.
2.1. Definiciones sobre la identidad	
2.3. La identidad agenciada	
3. Capítulo II. El punto de quiebre.....	Página 29 a 41.
3.1. La destrucción de la identidad	
3.2. La alienación como herramienta de aniquilación	
3.3. El control a través de la necropolítica	
4. Capítulo III. Cincelar el mármol.....	Página 42 a 51.
4.1. El poder y la debilidad	
4.2. La identidad impuesta	
4.3. Resistencia identitaria	
5. Capítulo IV. El momento decisivo.....	Página 52 a 58.
5.1. La identidad distópica	
5.2. El rezo	
5.3. Conclusión	
Bibliografía.....	Página 59 a 60.

RESUMEN

En las obras de *El cuento de la criada* y *Los testamentos*, de la autora canadiense Margaret Atwood, se logra evidenciar cómo sus personajes principales (Defred y Tía Lydia) van transformando sus identidades de acuerdo a la aparición del régimen de Gilead. La transformación de la identidad responde al movimiento del régimen soberano: previo a éste, la identidad responde a un mecanismo “común” en el que no es extremadamente afectada por su entorno; después, con la aparición del régimen, la identidad se ve afectada y entra en un estado de destrucción para así pasar al establecimiento del régimen, en el que la identidad responde directamente a los ideales específicos de la soberanía.

Este trabajo responde a las transformaciones y movimientos identitarios que caracterizan a la obra de Atwood permitiendo que se visualice la naturaleza de la *identidad distópica*.

PALABRAS CLAVE: IDENTIDAD, DISTOPÍA, MARGARET ATWOOD, SEXO, GÉNERO, RÉGIMEN.

INTRODUCCIÓN

El acontecer apocalíptico

*Cuerpos llenos de multitudes,
tantos que ya nadie sabe quién es.*

*El yo desaparece
y la máscara se funde en el rostro de todo ser.*

Máscara roída, desastrosa, ajena.

*Cuerpos llenos de otras personas,
nadie más las conoce,
fueron construidas para destruir.*

*Opulento monstruo,
instaura cuerpos, instaura control.*

*El olvido dejó pasar
la llama del espíritu que no se extingue
bajo ninguna gota de agua.*

*Opulento engendro,
por las cenizas, la memoria perdura.*

*El yo revive
y la máscara corroída se vuelve porosa.*

*Cuerpo lleno,
lleno, pero no de ti.*

La distopía como reflejo social:

Margaret Atwood es una de las escritoras más relevantes en el ámbito de las distopías literarias. Desde la publicación de *El cuento de la criada* (1985), hizo parte de los grandes escritores de este espacio de la literatura como lo fueron igualmente George Orwell, Ray Bradbury, entre otros. Atwood se ha destacado dentro de varios géneros literarios como lo son la poesía, la novela y el ensayo; sin embargo, ha sido reconocida por su obra narrativa y, ante todo, por su novela mencionada. Además, es importante reconocer que cuenta con estudios académicos de las universidades de Toronto, el Radcliffe College y Harvard, en los que se desempeñó en los ámbitos de la filología inglesa, el francés y la filosofía, elementos que se destacan en la composición de sus obras.

De acuerdo a esto, es necesario tener presente la aparición de las distopías literarias en el siglo XX, específicamente mediando este como lo fueron las Guerras Mundiales y la Guerra Fría que generaron un ambiente propicio dentro de la literatura para captar y retratar la realidad de ese momento: el aparente destino inminente apocalíptico de las personas. Una realidad la cual demostraba que no podía ser esperanzadora para el ser humano, pues el único horizonte que se podía visualizar era el de la opresión, la guerra, la muerte, el fin de la humanidad. La distopía se conoce desde la propuesta hecha por Gabriel Alejandro Saldías Rossel, como otra manera de utopizar; es decir, es una forma diferente de pensar el futuro. Por lo tanto, las distopías se ven caracterizadas por ser la representación de la sociedad bajo las causas de las peores características posibles que pueda tener:

Estudiar el fenómeno distópico literario, por lo tanto, es una forma de estudiar la evolución de la cultura occidental a partir de sus múltiples representaciones pesadillescas. La deformación distópica no pretende ser evasión, sino una proyección,

si bien hiperbólica y grotesca, siempre plausible de un porvenir potencial basado en el presente contextual (Saldías Rossel 9).

Es posible comprender entonces a la distopía como la representación de algún fenómeno social que posee la época en la que se gestó la obra, la cual se lleva a la exageración de forma negativa; por lo tanto, los personajes dentro de las distopías se ven envueltos en relaciones violentas de poder con las cuales sus vidas están en constante peligro: “la distopía se revelará cada vez más como un producto que entra en el devenir histórico de la humanidad como una eventual narración crítica e irónica del presente a partir de un especulativo futuro ficcional en donde el fracaso ya ha acontecido” (Saldías Rossel 38); por ende, los personajes dentro de una ficción distópica viven las consecuencias de un régimen que ya ha afectado su realidad, el inicio de sus historias es a partir del establecimiento de dicho sistema de control dictatorial.

En el caso de *El cuento de la criada*, el personaje principal relata su historia a partir del *punto cero* que viene siendo un momento en el que el régimen ya ha sido establecido en donde su sistema se encuentra operando y ha afectado la identidad y realidad de cada personaje. Aunque en el caso de esta obra literaria se maneje la narración en dos tiempos que son el presente del personaje y el pasado de éste representado en la memoria, el tiempo narrativo principal que lleva de la mano al lector/x es el presente donde el caos y el cambio abrupto violento social ya ha sucedido. De hecho, teniendo en cuenta la anterior cita, también se puede observar lo dicho en la construcción narrativa de *Los testamentos*, pues cuentan los personajes su presente donde el régimen ya posee una historia desde su instauración.

Cuando se entabla una conversación sobre las distopías literarias, se abre un camino hacia la pregunta de si se basa o no en la realidad; ante esto, cabe mencionar que la naturaleza de la distopía literaria es enmarcar en los textos la realidad humana del momento llevándolo a un posible extremo de la situación. Frente a lo anterior, se pueden dar como ejemplos cualquier

distopía literaria en la que se establece necesariamente un régimen dictatorial basado en las dictaduras políticas principalmente del siglo XX: *1984* de George Orwell, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *Un mundo feliz* de Aldous Huxley son válidas como obras ejemplificadoras.

Como se da en el caso de *El cuento de la criada* (1985) o en *Los testamentos* (2019), ambos escritos por la escritora canadiense Margaret Atwood, lo que hace la autora es tomar su realidad contextual en el que se da una lucha monumental e histórica frente a los derechos de las mujeres ante la opresión patriarcal; es decir, en cuanto a todo el movimiento feminista perteneciente a la Segunda Ola -en el caso del primer libro- y el movimiento feminista de la Cuarta Ola -referente al segundo libro- en los que las mujeres pertenecientes a dicho movimiento lucharon por sus derechos y la igualdad y equidad de condiciones entre todos los sexos. Ambos libros son ejemplos de cómo se toma la realidad y se lleva a un extremo dentro del campo ficcional:

Feminism in Canada in the 1960s and 1970s was part of an International Movement. This is called the second wave of feminism. The first feminist movement reached its peak in the second decade of the 20th century when many countries including Canada supported the cause and uplift of women. In its early years NAC (National Action Committee) represented the tradition of liberal feminism and sought changes in national laws. Canada involved the younger generation of women and some of the male students. Later the male students refused to fight for the cause of women. So women formed their own revolutionary groups. Since 1960s, these female groups began Women's Liberation Movement. They advocated many empowering revolutionary changes in the personal and social life of women. Feminist activism in Canada had achieved radical transformation in women's lives. The success of feminism in Canada had been a gradual struggle for the establishment of equal rights between women and men (Naidu 3).

Es diáfana la reacción histórica del movimiento feminista de la Segunda Ola en Canadá, lugar contextual de Margaret Atwood, lo cual toma como base primaria de la construcción del régimen patriarcal de Gilead. Tanto *El cuento de la criada* como *Los testamentos*, son distopías porque toman las características de las situaciones contextuales que los rodea. En el caso de ambas obras, la realidad contextual proporciona la creación de una distopía en clave patriarcal, puesto que la autora refleja en ambos textos la esencia del funcionamiento del patriarcado dentro de la sociedad principalmente del siglo XX y, en cierta medida, del siglo XXI, donde las mujeres están bajo los estatutos y las normas que el patriarcado impone sobre ellas para el control de sus cuerpos, además de poder adquirir el beneficio a costa de ellas para los hombres en general. Atwood toma las acciones y el funcionamiento del patriarcado de su propia realidad para plasmarla con tintes más extremos dentro de sus obras literarias, creando así el régimen dictatorial de Gilead y el exagerado sometimiento de las mujeres dentro de éste. Siendo así, las dos obras de Margaret Atwood cumplen con lo propuesto por Gabriel Alejandro Saldías Rossel, en donde se toma el contexto vivido por el autorx y se lleva a sus peores pesadillas y posibilidades.

Siendo así, ¿qué posición tiene la autora sobre el feminismo?, ¿su apuesta literaria es feminista? De acuerdo a sus entrevistas, las cuales son el medio donde su voz se expresa de forma muchísimo más directa, no queda claro si es o no feminista, se enuncia de una manera un tanto ambigua. En el video titulado “Margaret Atwood on Feminism”, la autora dice lo siguiente:

Is the Handmaid's Tale a feminist novel? If you mean an ideological tract in which all women are angels or so victimised they are incapable of moral choice... then no. If you mean a novel in which women are human beings with the variety of character and behavior that implies and are also interesting and important and what happens to them is crucial to the themes, structure and plot of the book... then yes. Why interesting and

important? Because women are interesting and important in real life (“Margaret Atwood on Feminism”. Subido por UNSW. *Youtube*, 12 septiembre 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=EP9D54n-YY0>).

Atwood visualiza a las mujeres como cualquier otro sujeto, no hace una distinción como tal entre los sexos y géneros de forma radical, piensa en hombre y en mujer como pares; sin embargo, en sus obras literarias de *El cuento de la criada* y *Los testamentos*, se puede deducir que se manifiesta de cierta manera la lucha feminista, pues es en este mundo ficcional donde se genera una pelea contra un régimen patriarcal precisamente para alcanzar la equidad y la igualdad y, siendo de esta forma, se pueda llegar a decir efectivamente que tanto el hombre como la mujer son pares. Por esto, la obra de Margaret Atwood está construida con ciertas bases del feminismo, pero eso no implica que su obra sea como tal feminista.

En el mismo sentido, se considera que la distopía “reposa en su cualidad fundamental de ser una expresión literaria reactiva y consciente tanto de su contexto como de su calidad de producto cultural” (Saldías Rossel 38), por lo tanto, se da el carácter de *mimesis expansiva*¹ del hecho real del contexto donde se sitúan las obras de Margaret Atwood, como se establecía en los párrafos que anteceden, en los que es más que evidente el símil impartido por la autora entre la realidad contextual y la ficción distópica. A esto se le suma el hecho de que “la distopía se revelará cada vez más como un producto que entra en el devenir histórico de la humanidad como una eventual narración crítica e irónica del presente a partir de un especulativo futuro ficcional en donde el fracaso ya ha acontecido” (Saldías Rossel 38), por lo tanto, las obras distópicas de *El cuento de la criada* y *Los testamentos*, son una construcción narrativa en el que el presente humano se ve plasmado en las letras y se lleva, posibilitado por la capacidad de la ficción, a la probabilidad de un futuro que parece la única opción posible de la humanidad.

¹ Entiéndase como el hecho de que el autor o la autora de una distopía toma su realidad contextual y la trata de imitar lo mejor posible dentro de su narración ficcional y la lleva al extremo de cada caso.

Género e identidad como elementos contextuales:

En *El cuento de la criada* se tiene la historia de una mujer llamada Defred u Offred², la cual es la protagonista de la historia. Ella vive en un futuro distópico en el que las mujeres tienen valor por las funciones biológicas que les permitan sus cuerpos, esto es a que una mujer vale más si puede dar a luz que si no. Así que se dan tres momentos dentro de la historia: el primero consta de una sociedad la cual no está a merced de la voluntad de un régimen, sino que cada individuo tiene libertad de decisión. En esta Defred poseía un nombre diferente, el cual era su nombre dado en el momento de nacer por sus padres y es desconocido todo el relato, incluso se mantiene guardado como un secreto para el mismo lector/x. Defred, en este primer momento, es una mujer autónoma que tiene su pareja y una hija. El segundo, es cuando se da la aparición del régimen de Gilead, aquí es cuando las personas, principalmente las mujeres, se ven alienadas de sus identidades para que así puedan servir al régimen. Es en este momento cuando Defred le es arrebatado su verdadero nombre y se le instruye para ser la mujer ideal que el régimen desea que sea. De este modo se convierte en una criada; es decir, en una mujer que solamente sirve ante la sociedad de Gilead como una reproductora de bebés, además se le separa de su familia. Y se da el último momento el cual es cuando ya se le ha impuesto una nueva identidad a las mujeres la cual deben acoger o, si no lo hacen, su única opción termina siendo la muerte, es aquí cuando Defred comienza a ejercer su rol de criada.

Con lo anterior, se puede evidenciar las similitudes que existen entre la sociedad distópica de Gilead y la sociedad del siglo XX en la que, de manera satírica y paródica, Atwood genera y establece un diálogo entre la realidad y la ficción, puesto que trae a colación las apuestas del feminismo y las normas del patriarcado para armar su narración. Toma las luchas

² Nombre original en inglés que significa *Of*: de y *fred*: Frederick, es decir, posesión o pertenencia de Frederick.

del feminismo de la Segunda Ola, el cual apela por la autonomía de los cuerpos y la libertad de la reproducción sexual de las mujeres como respuesta a las normas sociales instauradas por el patriarcado en el que el valor de la mujer se da por su cuerpo. Para el siglo XX, en términos de comportamiento social, una mujer debía ser recatada y obediente frente a los hombres, además de convertirse en esposa y madre y mantener el cuidado del hogar: “Women are confined to the four walls of the house. They are treated as objects of sexual pleasure. They have to perform petty monotonous, stereotyped and onerous duties like washing clothes, cleaning utensils, cooking food, sweeping the house, looking after children and many more odd works” (Naidu 1).

Esto se observa en la obra *El cuento de la criada* en el que las mujeres son divididas de acuerdo a estos postulados patriarcales: Criadas como las mujeres encargadas de la reproducción y valiosas por su fertilidad, Martas como las mujeres encargadas del hogar y del cuidado de las personas, Esposas y Econoesposas como las acompañantes de los hombres y Tías como las mediadoras entre los hombres que dirigen el régimen y las mujeres en general. Se refleja el contexto vivido de la autora de manera exagerada adjunto a la construcción ficcional de la distopía.

Por otro lado, se tiene a *Los testamentos* en los que se desarrolla la historia a partir de tres personajes principales que representan tres situaciones dentro de la narración: Tía Lydia como la que representa al régimen de Gilead, Agnes como la que vive la vida construida por el régimen y Nicole como la experiencia externa de dicho régimen al haberse criado y crecido en Canadá. En esta obra, se juntan las tres historias de los personajes anteriormente mencionados, los cuales terminan uniéndose para dar paso a la caída del régimen. Tía Lydia hace que el lector/x reconozca los inicios del régimen, cómo aparece y cuáles fueron las tácticas utilizadas para instaurarlo, Agnes muestra cómo se da la vida de las personas que nacieron dentro del régimen y cómo se debe vivir de acuerdo a las normas establecidas en la sociedad distópica, y

Nicole es la representación de los dos mundos debido a que nació en Gilead, pero lograron retirarla de ese régimen cuando era bebé y pudo crecer conociendo un mundo diferente en el que los individuos tienen más libertad para la construcción propia de sus identidades. También se refleja la realidad del siglo XXI, vivida por la autora, en el momento de concepción de la obra, ya que se dio la Cuarta Ola feminista en el que las mujeres retomaron la lucha de la Segunda Ola e, igualmente, lucharon por la libertad en cuanto a los cuerpos de las mujeres apelando esencialmente a la legalización del aborto. Esto se evidencia dentro del libro en el sentido del control sobre los cuerpos de las mujeres de acuerdo a lo dictaminado por los hombres, por la búsqueda de la derrota del régimen de Gilead y, por ende, de las normas patriarcales que condicionan dichos cuerpos.

Es notorio en ambas obras que la construcción del género y la identidad se postula desde bases patriarcales y judeocristianas. Como se ha venido diciendo, la realidad contextual apunta a la aparición del régimen de Gilead, pero los fundamentos judeocristianos se deben a que la religión siempre ha sido, de manera histórica, uno de los principales aliados del patriarcado, pues a partir de normas provenientes del ser supremo -sea Yahvé o Dios-, plasmadas en los libros sagrados -la Torá o la Biblia-, se da el control de los cuerpos y, principalmente, el de las mujeres. De hecho, el libro de Levítico es ejemplo diáfano de esto, ya que es una serie de normas las cuales se deben cumplir, entre ellas las mujeres son catalogadas como impuras: “La mujer cuando conciba (...) será inmunda siete días; conforme a los días de su menstruación será inmunda” (*Reina Valera*, Lev. 12:2), algo tan básico como la sangre que emana una mujer cada mes, se verá como algo hediondo. Otro ejemplo, que es increíblemente relevante para la obra de Atwood, es la historia de Marta cuando Jesús visita su casa:

Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa.

Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra.

Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.

Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas (Luc. 10: 38-41).

De este acontecimiento, Margaret Atwood creará la división social de las Marta en el régimen de Gilead, las cuales son las encargadas de las obligaciones del hogar como lo es mantener la limpieza y el orden, además de tener a cargo la cocina. Ellas lavan, organizan y sirven. Es tan importante este pasaje bíblico que la misma autora bautizó a estas mujeres con el nombre de la mujer de la Biblia que debía mantener su casa en orden y servir a los demás.

Por otro lado, está el libro del Génesis del cual parte lo más básico y fundamental del pensamiento patriarcal debido a la creación del hombre y de la mujer: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gén. 2: 7), “Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre./Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del Varón fue tomada” (Gén. 2: 22-23), es así cómo se comprende la importancia del hombre por encima de la mujer, porque ante todo fue el primer ser creado, después fue la mujer, además porque el hombre es completo mientras que la mujer depende del hombre para su existencia, no es un sujeto autónomo debido a que nace de él. Y la mujer fue creada para estar con el hombre; en cambio, el hombre fue creado para existir libremente. Bajo estos preceptos se da el funcionamiento del régimen de Gilead: el género y la identidad son tanto patriarcales como judeocristianos.

Además, en las propias palabras de la autora, dicho en el video “Margaret Atwood on The Handmaid's Tale, religion and becoming a writer”, se encuentra lo siguiente: “Religion

can be a positive faith that helps and encourages people and comforts them in time of trouble. Or it can be a hammer to hit people over the head with. Used by those who want more power for themselves” (“Margaret Atwood on *The Handmaid's Tale*, religion and becoming a writer”). Subido por wpsu. *Youtube*, 16 enero 2015, https://www.youtube.com/watch?v=D5Wj_JQ6NhY). Se observa dos posiciones frente a la religión: la primera como un asunto positivo para el individuo y, la segunda, como un elemento de peligro y sometimiento de unos sujetos religiosos frente a los demás sujetos no religiosos. Es esta segunda posición la manera en la que se construye lo religioso en la obra de Atwood; es decir, como una forma de control sobre el pueblo.

El devenir:

Para el presente trabajo, se realizará un análisis el cual apela a la afectación de la identidad de los personajes de Defred y Tía Lydia, en sus historias *-El cuento de la criada y Los testamentos* respectivamente- de acuerdo a la aparición y a la instauración del régimen, el cual destruye las identidades de ambas y construye nuevos papeles que deben interpretar ellas si su deseo es seguir con vida. Estos roles se basan en las concepciones de los ideales patriarcales y las funciones que las mujeres deben cumplir de acuerdo al pensamiento judeocristiano ortodoxo.

En el Capítulo I, se reconocerán las bases que definen la identidad desde la perspectiva de los Estudios Culturales principalmente desde la propuesta de Stuart Hall. Así, se planteará la identidad propia de los personajes de Defred y Tía Lydia gestada antes de la aparición del régimen de Gilead, las cuales se caracterizan por la capacidad de decisión de cada personaje frente a sus propias vidas; es decir, la interacción de lo subjetivo y el entorno social genera consecuencias identitarias que los personajes acogen de manera consciente, siendo así

partícipes en la propia construcción de su identidad. También, se traerá la propuesta teórica de Leonor Arfuch la cual radica en que la identidad se establece de acuerdo a la diferencia que existe respecto al otro. De igual manera, se hará tratamiento del asunto de la memoria como parte muy importante para la posibilidad de la construcción de la identidad.

En el Capítulo II, se hace un rastreo en ambos libros *-El cuento de la criada y Los testamentos-* en el que se estudia y analiza cómo la aparición del régimen de Gilead afecta la identidad agenciada, tanto de Defred como de Tía Lydia, haciendo uso principalmente de herramientas como la alienación y la necropolítica para destruir dichas identidades y así generar un momento propicio para moldear lo que requieren para el funcionamiento del régimen. La alienación será analizada a partir de las apuestas soviéticas y las postulaciones de Joseph-Achille Mbembe que establecen que es una forma de manipulación de los sujetos por parte de un ente de poder que los somete. Además, la alienación será complementada con la necropolítica vista desde Paul B. Preciado e igualmente desde el teórico Mbembe, donde se establece que la soberanía manifiesta su poder al manejar la posibilidad de vida de las personas; en otras palabras, la vida es condicionada y si no se cumple con eso solamente queda la muerte.

En el Capítulo III, se observará cómo el régimen impone una identidad moldeada en los personajes de Defred y Tía Lydia de acuerdo a la ideología de éste. Principalmente, estas identidades impuestas se construyen desde los preceptos patriarcales junto a las concepciones de lo judeocristiano que obedecen al género; por lo tanto, la identidad impuesta se basa en la división sexual donde el hombre prima sobre la mujer y ésta se ve sometida, lo cual se basa en argumentos biologicistas y socioculturales sobre cómo se definen ambos sexos-géneros (hombre-mujer y masculino-femenino), haciendo propicio el control de los cuerpos por parte del régimen de Gilead. Además, se analizará cómo emerge una constante resistencia de la identidad agenciada frente a la identidad impuesta, en la que la primera no se ve extinguida en su totalidad. El análisis del sistema sexo-género, se hará a partir de las propuestas de Judith

Butler y Paul B. Preciado en las que se establece que ambas son invenciones que dependen de cada cultura específica; sin embargo, las bases patriarcales son transversales en todo territorio y en toda sociedad.

Y como conclusión, se propondrá la naturaleza de la identidad distópica, la cual obedece al ciclo del régimen: aparición, instauración y caída; haciendo posible igualmente el ciclo identitario: identidad agenciada, identidad impuesta, resistencia de la identidad. De esta forma, se hará evidente la inminente conexión entre régimen e identidad.

CAPÍTULO I

Nombrando al sujeto

De saber que estaba en mis manos

hubiera sido más consciente.

De mi ser emanó sin saberlo

y fui yo.

Fui sin nadie más,

pero fui por consecuencia de otros.

De saber que estaba en mis manos

no hubiera dejado que me lo arrebataran.

En mí, la muerte no se olvidó de la vida

y fui yo.

Fui sin saberlo,

pero fui por consecuencia de sus miradas.

De saber que estaba en mis manos

les hubiera dicho quién era.

Definiciones sobre la identidad:

¿Quién soy yo?, ¿quién eres tú?, ¿qué significa ser una persona?, ¿cuál es mi identidad?, ¿la identidad es inamovible?, ¿puedo dejar de ser quien soy?, ¿me pueden arrebatarse mi identidad? Estas preguntas son algunas de las que surgen en las mentes de las personas que se cuestionan sobre sí mismas. Las preguntas anteriores son prácticamente imposibles de resolver, se pueden dar rastros de la identidad que sirven para dar bases a la existencia misma, pero no se genera una conclusión plena sobre ésta, puesto que la identidad es un asunto maleable constantemente. Dicha maleabilidad viene siendo debido tanto por el interior de la persona como los factores externos a ésta; es decir, la identidad es una mezcla de la personalidad del sujeto, de su subjetividad, más las consecuencias que crea la interacción con la sociedad. Como dice Stuart Hall:

Uso «identidad» para referirme al punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y las prácticas que intentan «interpelarnos», hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de «decirse» (Hall 20).

La identidad es un concepto el cual, como se ha venido diciendo, no tiene un final: “el enfoque discursivo ve la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado: siempre «en proceso»” (Hall 15). Además, el humano siempre ha sentido una gran preocupación por definir a la identidad debido a que así encuentra un sentido para su existencia: “Esa «introducción» del sentido ha sido llamada «construcción de la identidad» (Bauman 46). De esta manera, el sujeto está atado siempre a su búsqueda identitaria.

Ya se ha establecido que la identidad es una búsqueda permanente en el ser humano, además de ser la unión o sutura de lo subjetivo con la sociedad. Hall también propone lo

siguiente: “las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas (...) Son el resultado de una articulación o «encadenamiento» exitoso del sujeto en el flujo del discurso” (Hall 20). Con lo cual, se debe comprender dicho “flujo del discurso” como la implicación o afectación de los hechos de la realidad con los que el sujeto interactúa.

Leonor Arfuch, en el libro *Identidades, sujetos, subjetividades*, propone igualmente que la identidad es un asunto inacabado para cada sujeto: “La identidad -en singular- será vista entonces como un “momento” identificatorio en un trayecto nunca concluido, donde está en juego tanto la mutación de la temporalidad como la “otredad del sí mismo”” (14); por lo tanto, el elemento de la temporalidad es relevante puesto que permite el cambio dentro de la identidad misma, se convierte en el espacio en el cual se posibilitan las transformaciones identitarias. Igualmente, es importante el asunto de la otredad donde se reconoce al otro y al sí mismo a través de la mirada de ese otro ajeno: “Porque toda identidad -o identificación-, en tanto relacional, supone un otro que no es “ lo mismo” y a partir del cual afirmar su diferencia. Ninguna estará entonces determinada por sí misma, en una clausura desde la cual se enfrentará a otras” (Arfuch 31): justamente debido a la existencia de alguien diferente a sí mismo es que la identidad se define, ya que se establece quién se es por la diferencia.

Consecuentemente, la identidad según Leonor Arfuch, tampoco está predeterminada como se suele pensar erróneamente. Por nacer en un territorio, en una familia, en un momento histórico, en una etnia, en un género, en una religión específicas, no significa que esos ámbitos determinen de manera definitiva la identidad, ya que se pueden presentar rupturas en cuanto a esas imposiciones; por ejemplo, se nace en Colombia, en una familia cristiana, en el siglo XXI, como mujer, no significa que aquel sujeto esté obligado, dominado y sometido bajo las reglas de comportamiento que estos elementos traen consigo. Claramente afectará su identidad hasta cierto punto, pues como dijo Hall, la identidad es una sutura entre la persona y los factores

externos; siendo así, este sujeto estará tocado por lo anterior, pero no se verá demarcado en su totalidad por eso. Es así cómo se retorna al asunto de la identidad como concepto maleable, movable, transformable y transmutable, no es estática ni uniforme ni concreta: “La identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas -raza, color, sexo, clase, cultura, nacionalidad, etc.- sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias” (Arfuch 24). Como se menciona, la identidad es una *construcción* consciente o no del sujeto, entonces es posible proponer que toda persona tiene la capacidad de agencia sobre su propia construcción de identidad, puede elegirse hasta qué punto los factores externos predominan en cada sujeto y, de igual manera, hasta dónde predomina la subjetividad.

Para esta construcción de la identidad también es recalable el tema de la memoria como base para moldearla. La memoria, propia y colectiva, crea pilares de comportamiento y pensamiento en cada persona; por otra parte, define la misma realidad del ser. Como definen María José Bernal y Arturo Guerra, la memoria “está dada por la cantidad de personas que comparten una misma versión de un recuerdo sobre un hecho” (Bernal y Guerra 16); siendo así, la memoria es un asunto acordado por la mayor cantidad de personas, algo *es* porque muchos lo avalan, bajo esto, puede decirse que la identidad colectiva, a partir de la memoria, es un asunto que se edifica como resultado de una discusión entre partes. Otra característica importante es que “hay memoria cuando hay gente que puede recordar. La memoria es aquello que aún está vivo, y solo pertenecen a aquellos que la narren, una vez que la dejan de narrar la memoria desaparece” (Bernal y Guerra 16); por lo tanto, la identidad también será definida por quienes sean dueños de la narración de la historia, es así cómo la memoria-identidad cae en las posibilidades del cambio porque la narración cambia de dueño y eso hace que todo entre en la mecánica de lo maleable.

La identidad agenciada:

Lo dicho en el apartado anterior, se encuentra tanto en *El cuento de la criada* como en *Los testamentos*, aunque es más vigente en la primera novela mencionada. En ésta, es notable la constante travesía de Defred por encontrar su identidad debido a que antes de la aparición del régimen ella era relativamente otra persona; es decir, su identidad no estaba afectada directamente ni obligatoriamente por un factor externo mayor como un régimen que condicionara su existencia, su identidad era más una construcción subjetiva y personal que el resultado de su interacción social: Defred tenía poder de decisión sobre sí misma, tenía agencia.

Defred, al igual que Tía Lydia, tenían una identidad agenciada, una identidad que había sido construida antes de la aparición del régimen de Gilead. En el caso de Defred, ella era una mujer casada y poseía una hija, trabajaba y era económicamente estable y, en el caso de Tía Lydia, ella era una jueza de familia que era autónoma. Ellas *eran* sujetos, eran personas que tenían su propia personalidad, gustos y deseos. Eran mujeres que habían realizado una serie de múltiples decisiones a lo largo de sus vidas que las habían condicionado para la construcción de su identidad; sin embargo, eran propias, eran decisiones tomadas de forma consciente, así la construcción de su identidad residía en la capacidad de decisión propia de cada una: Defred y Tía Lydia, antes de la aparición del régimen, podían optar por *ser* quienes quisieran.

En la medida que la narración avanza en *El cuento de la criada*, es posible reconocer la importancia de la identidad agenciada pasada, Defred sobrevive cada día de su vida debido al recuerdo permanente que ella posee de sí misma sobre quién era antes de que Gilead existiera: “Mi nombre no es Defred, sino otro, un nombre que ahora nadie menciona porque está prohibido (...) Guardo este nombre como un secreto, como un tesoro que desenterrar algún día” (Atwood 127). El secreto o tesoro viene siendo el nombre de la vida pasada de ella; es decir, antes de Gilead. Ese nombre es la representación en su totalidad de la persona que ella era

antes, ese nombre significa la identidad agenciada, el conjunto de todos los elementos que construían al personaje para poder ser la persona que era antes de Gilead. De igual manera, en el siguiente fragmento se puede observar: “Deseo que alguien me abrace y pronuncie mi nombre. Quiero que me valoren como nadie lo hace, quiero ser algo más que valiosa. Repito mi antiguo nombre, me recuerdo a mí misma lo que hacía antes, y cómo me veían los demás” (Atwood 144). El anhelo más grande del personaje en su presente, donde el régimen de Gilead es el que controla las identidades de todas las personas de ese territorio, es ser la persona que era anterior a ese suceso. Ella desea que alguien, literalmente cualquier otra persona sea conocida o desconocida, amada u odiada, pronuncie su nombre; así, renacería esa identidad agenciada perdida, resurgiría el ser que ella *es* verdaderamente y dejaría de interpretar forzosamente ser alguien quien no es, ser alguien que deja de ser para ser otro. Y de forma definitoria, Defred proclama: “Nuestra felicidad es, en parte, recuerdo” (Atwood 182), es en el pasado donde reside la identidad agenciada.

En el caso de Tía Lydia, la identidad agenciada es un asunto de suma importancia, tanta que casi la totalidad de la narración impartida por este personaje en *Los testamentos* es la historia de quién era antes del régimen de Gilead. Tía Lydia al igual que Defred, viven su presente dentro del régimen a partir de los recuerdos que poseen de ellas mismas sobre las personas que eran antes, personas autónomas y conscientes, personas con criterio y capacidad de decisión. De hecho, al inicio del libro, Tía Lydia le dice al lector/x: “Con el paso de los años he enterrado muchos huesos, y ahora estoy dispuesta a desenterrarlos aunque solo sea para tu edificación, anónimo lector” (Atwood 13), con esto se evidencia que aquellos “huesos” son de los recuerdos con mayor relevancia que el personaje posee, importantes debido a que reúnen al sujeto que ella era previo al régimen; por lo tanto, construyen su identidad agenciada.

Una serie específica de situaciones vividas por los personajes de Defred y Tía Lydia, determinaron la identidad de estos sujetos. En cuanto a Defred, hicieron que fuese madre y esposa; mientras que, para Tía Lydia fue ser una jueza sin familia:

Hubo una vez, antes de que llegara el régimen vigente, en que no concebía siquiera una defensa de mi propia vida. Era jueza de familia, un puesto que me gané tras décadas de empeño y arduo ascenso profesional, y cumplía mis funciones con la mayor ecuanimidad posible. Había procurado trabajar por un mundo mejor (Atwood 49).

Con lo anterior, se evidencia cómo Tía Lydia se construía a sí misma de acuerdo con sus propias decisiones sobre lo que iba a ser de su vida. Ella decidió sobre los discursos sociales con los que interactuaba, se vio interpelada por ellos y, hasta cierto punto, afectaron su identidad, pero direccionados a los mismos deseos de ella.

Es menester recalcar que la afectaciones de los discursos sobre los personajes no modifican la identidad en su totalidad ni son los únicos encargados de edificarla, los discursos sociales la afectan en cierta medida al permitir la reacción de lo subjetivo frente a aquellos discursos extrasubjetivos. De esta manera, es cómo se dan los cimientos para modelar el asunto identitario.

El tema de la memoria es de suma importancia dentro de ambas novelas, pues toda la conformación del régimen se ampara en eso debido a que la memoria -como ya se mencionó- influye en la constitución de la identidad agenciada. El régimen de Gilead distorsiona la memoria de las personas que habitan en él y la modifica a su antojo para poder beneficiarse a costa de someter a las mujeres. La historia que genera la memoria es narrada por el régimen desde la visión patriarcal y judeocristiana; es así como construye en el pensamiento las ideologías de un sistema que funciona para el bien de los hombres por medio de doblegar a las mujeres.

Se evidencia que el dueño de la narración es quien crea la realidad, en este preciso caso, el régimen es el que crea la realidad de los sujetos a los cuales somete, especialmente a las mujeres. Instaura una historia en el que el Antiguo Testamento es vigente, haciendo que las mujeres sean divididas en grupos sociales que se caracterizan por el funcionamiento de sus cuerpos: Criadas, Marta, Esposas o Econoesposas y Tías. Además, revive la imagen del patriarca bíblico, el hombre como el que gobierna a todas las demás personas justificado por el ser supremo. En el régimen, lo que esté relacionado con lo divino no puede ser cuestionado, por eso si la Biblia sustenta que el hombre tiene el poder, lo único que puede hacer una mujer dentro de esta sociedad es obedecer. La memoria, en la narrativa de Atwood, sirve como una herramienta de control frente a las mujeres, se da la biopolítica: el control por parte de la soberanía sobre los cuerpos de la sociedad.

La identidad agenciada es un asunto necesario para el funcionamiento temático de ambas obras literarias de Margaret Atwood. Sin ésta, no existiría la posibilidad de alienación ni la necropolítica (ambos términos serán definidos más adelante), aparte de que tampoco daría paso a la resistencia identitaria en cada personaje, principalmente en Defred y Tía Lydia, pues este tipo de identidad es la base primaria para la aparición de la mutación o maleabilidad identitaria.

CAPÍTULO II

El punto de quiebre

*Detona cada punto de esperanza,
los cimientos empiezan a desmoronarse.*

*El interior se convierte en un incendio
y trozos de piel caen como ceniza.*

*Ha llegado la monstruosidad apocalíptica,
inserta sus garras en el espíritu
y todes dejan de ser.*

*Ha llegado el destino inminente,
el engaño del fin del mundo
terminó siendo el extinguiamiento del ser.*

*Detona cada punto de la identidad,
y poco a poco empiezan a desaparecer.*

*El huracán arrasó con cada esquirola
del espíritu quebrado
y todes dejan de ser.*

La destrucción de la identidad:

En el capítulo I, se estipuló que la identidad agenciada residía en el pasado de los personajes, esto debe a la aparición e instauración del régimen de Gilead, el cual llega para destruir las identidades agenciadas y, posteriormente, moldearlas de acuerdo a sus leyes e ideales. Tanto Defred como Tía Lydia deben desprenderse forzosamente de sus identidades y adaptarse a la identidad impuesta por el régimen. En el presente capítulo, se realizará un análisis sobre los métodos utilizados por parte del régimen para poder hacer segura la destrucción de la identidad de todos los personajes, siendo los métodos más usados la alienación y la necropolítica.

El cuento de la criada es una novela que estructuralmente está formada por dos líneas temporales: el pasado y el presente de Defred. El presente es la narración principal general que marca la ruta de lectura y lleva de la mano al lector/x en la travesía, además de ir relatando la historia de Defred como criada y sus experiencias vivenciales dentro del funcionamiento del régimen. Por otro lado está el pasado, donde se evidencian varias y seguidas analepsis que sirven para poder explicar y clarificar, tanto como darle sentido, a la línea narrativa del presente. De esta manera, se entiende cómo Defred terminó siendo una criada y quién era antes de serlo. La destrucción de la identidad de este personaje se genera en la línea temporal del pasado en el momento en el que el régimen se establece y empieza a ejercer todo su sistema de violencia y opresión. De hecho, en aquel pasado existen dos escenarios: un primer pasado en el que la vida de Defred se desarrolla sin ninguna influencia del régimen y un segundo pasado donde el régimen ya existe. Y en el caso de *Los testamentos*, existe la línea narrativa del presente de Tía Lydia, Agnes y Nicole, pero que se ve permeada por los recuerdos de Tía Lydia sobre su pasado en el que explica, desde su propia vivencia, cómo se dio la aparición del régimen y cómo cimentó sus bases.

La alienación como herramienta de aniquilación:

Uno de los métodos más relevantes y efectivos para la imposición del régimen y, por ende, la destrucción de la identidad de los personajes, en especial de las mujeres, es la alienación, la cual hace referencia a:

Concepto que caracteriza tanto el proceso como los resultados de transformar, en determinadas condiciones históricas, los productos de la actividad humana y de la sociedad (...) así como las propiedades y aptitudes del hombre, en algo independiente de ellos mismos y que domina sobre ellos; también caracteriza la transformación de fenómenos y relaciones, cualesquiera que sean, en algo distinto de lo que en realidad son, la alteración y deformación, en la conciencia de los individuos, de sus auténticas relaciones de vida (“Alienación”. Diccionario soviético de filosofía, 1965).

Es posible evidenciar el impacto identitario, puesto que la alienación trae a colación la transformación en los sujetos; sin embargo, ésta no se genera de manera autónoma, sino que es una imposición externa que anula al ser y lo deforma, así el ente que aliena adquirirá por ende un dominio sobre el individuo alienado. Este ente que aliena es visto como una institución, en este preciso caso es la representación de la institución del estado-nación del régimen de Gilead, “La institución va de la mano de alienación, en primer lugar dentro de la institución encontramos dos partes importantes, los que son controlados y los que son controladores, cuando un miembro entra a una institución por ende debe de alienarse ya que el mismo sistema se lo pide y empezará a tomar actitudes que lo alienen al mismo” (Vázquez Aburto 1); de este modo, el sujeto alienado, que en el mundo de Atwood son las mujeres, debe tomar actitudes impuestas por dicho régimen y hacerlas propias. Por lo tanto, debe entenderse la *alienación* como la herramienta que sirve para despersonalizar a los sujetos, separarles la psique del cuerpo, hacerlos volubles y propensos al control.

Tanto en *El cuento de la criada* como *Los testamentos*, es evidente la alienación en todo el desarrollo de la narrativa. Defred contará cómo El Centro Rojo³ aplicaba esta herramienta para destruir la identidad a las mujeres recluidas ahí y poder implantarles entonces una identidad controlada y construida para el beneficio del régimen. Una de las maneras en las que funciona la alienación es despersonalizando al sujeto; es decir, hacerlo dejar de ser persona para que se convierta en objeto o que sencillamente su existencia sea nula para el resto de la sociedad, se evidencia: “La toca blanca también es de uso obligatorio; su misión es impedir que veamos, así como que nos vean” (Atwood 31), la mirada hace posible la existencia, por eso este fragmento es tan relevante, debido a que al dejar que no vean y no sean vistas, es una manera de invisibilizarlas hasta el punto prácticamente de la inexistencia, porque eso son las criadas para el régimen de Gilead, seres que no merecen existir, pero los cuales soportan y toleran solamente con el fin de usar sus cuerpos: “Gilead está dentro de ti” (Atwood 51), no hay un sujeto, sino que reside una ideología dentro del cuerpo de estas mujeres sometidas bajo este poder principalmente patriarcal.

El Centro Rojo es el epicentro de la alienación, Margaret Atwood crea una de las escenas que pueden ser de las más impresionantes en donde muestra cómo se hace realidad esta alienación. En este momento del libro de *El cuento de la criada*, Defred cuenta un suceso que presencié y del cual hizo parte, en el que Janine se ve tan violentada psicológicamente que termina creyendo falacias sobre sus propias experiencias de vida:

Le toca el turno a Janine, que cuenta que a los catorce años fue violada por una pandilla y tuvo un aborto. La semana pasada contó lo mismo, y parecía casi orgullosa. Incluso podía no ser verdad. En las sesiones de Testimonio es más seguro inventarse algo que decir que no tienes nada que revelar. Aunque tratándose de Janine, probablemente sea más o menos verdad.

³ Lugar en donde adoctrinan, educan y moldean a las Criadas.

Pero ¿de quién fue la culpa?, pregunta Tía Helena mientras levanta un dedo regordete.

La culpa es suya, suya, suya, cantamos al unísono.

¿Quién los provocó? Tía Helena sonrío, satisfecha de nosotras.

Fue ella, ella, ella.

¿Por qué Dios permitió que ocurriera semejante atrocidad?

Para darle una lección. Para darle una lección. Para darle una lección.

(...)

Llorona. Llorona. Llorona.

Y lo peor es que lo decíamos en serio.

Yo solía tener un buen concepto de mí misma. Pero en aquel momento no.

Eso ocurrió la semana pasada. Esta semana, Janine no espera a que la insultemos. Fue culpa mía, dice. Sólo mía. Yo los incité. Me merecía todo ese sufrimiento (Atwood 113).

A través de la repetición constante de las cosas, en este caso de que fue culpa de Janine, se comienza a crear “la realidad” de ella. Es diáfano cómo la Tía Helena crea una primera inestabilidad en Janine al separarla del grupo, se convierte en una contra todas, eso la va debilitando poco a poco. Después, la alienación permite la adoctrinación porque a medida que iban implementando esta herramienta, Tía Helena inducía en el pensamiento de todas las criadas el funcionamiento del mismo régimen: el hombre es un sujeto incuestionable y perfecto, la imperfección está en la mujer. El hombre no posee maldad y, de llegar a cometer un acto aparentemente violento, es porque deben castigar a la mujer implicada. La culpa de las cosas jamás podrá ser por consecuencia de las acciones de un hombre. La mujer jamás tendrá la razón. La mujer es la que crea todas las circunstancias en las que se ve envuelta.

Lo anterior no es ajeno a *Los testamentos*, en esta obra se puede observar la alienación a través de los ojos de Tía Lydia. Ella, al haber sido uno de los miembros más importantes

para que el régimen de Gilead existiera, cuenta sus experiencias de cómo el régimen implementó esta herramienta. En este caso, también se observa la alienación implementada en Agnes, a la cual le crean en su colegio la imagen del hombre de dos maneras contradictorias: el hombre como esposo y el hombre como el peligro. El régimen le enseña, a las jóvenes como Agnes, que el hombre si no es un esposo, puede ser peligroso por ser el sujeto que posibilita el pecado del sexo fuera de la norma. Así, las mujeres sabrán cuál es su lugar y que deben respetar a los hombres.

Además, desde muy jóvenes se les enseña igualmente cómo se divide la sociedad y cuál es el papel que cada una debe de interpretar de acuerdo a la categoría a la que pertenezca, en especial se tiene muy presente a las criadas porque son respetadas en la sociedad desde la distancia, pero son vistas como un gran misterio por ejemplo por Agnes. Al preguntar cómo ellas aceptan ser criadas, le responden las Tías “Son buenas en eso. Saben cómo moldear los corazones y las mentes” (Atwood 113), las Tías son las intermediarias entre el régimen como tal y el resto de las mujeres, debido a que el régimen se dio cuenta de que el adoctrinamiento puede ser más efectivo si es implementada por el mismo tipo de persona; en este caso, se adoctrina a las mujeres a partir de otras mujeres como lo demuestran en *El cuento de la criada*: “el modo más eficaz de controlar a las mujeres en la reproducción y otros aspectos era mediante las mujeres mismas” (Atwood 407). La alienación en *Los testamentos* se da de dos maneras: la primera es por parte de los hombres que dirigen el régimen ante las mujeres seleccionadas como Tías y, la segunda, es por parte de estas Tías ante las demás mujeres restantes.

El régimen, para alienar a las mujeres que querían seleccionar como Tías, hizo lo mismo en cuanto a despersonalizarlas. Tía Lydia cuenta que en el momento de reclusión obligatoria a la que la sometieron “Querían que perdiéramos la dignidad humana” (Atwood 175), por esta razón las dejaron en las peores circunstancias donde no había ningún tipo de aseo, la incertidumbre era inminente y los asesinatos a algunas de ellas hacían que poco a poco se

fueran quebrando las demás hasta que dejaran de ser quienes eran. Después el régimen implementó su estrategia de que las mujeres controlaran a las otras o, en esta escena, asesinaran a unas cuantas: “tres de los ejecutores eran mujeres. No llevaban trajes de oficina, sino unos sayos largos marrones, una especie de albornoces, y la cabeza cubierta por un pañuelo anudado a la barbilla. Nos indignamos” (Atwood 176). La indignación permite que la destrucción de la identidad sea más certera.

Es así como la alienación se junta con la necropolítica, pues las personas deben de aceptar lo impuesto por el régimen o, si no lo hacen, solamente les queda como opción la muerte. En el caso de Tía Lydia se da de la siguiente manera en la que es enfrentada con el Comandante Judd:

-¿Agradece seguir viva?-me interpeló.

-Desde luego-dije.

-¿Agradece que Dios la hiciera nacer en un cuerpo de mujer?

-Supongo que sí-contesté-. Nunca me lo he planteado.

-No estoy seguro de que sienta suficiente gratitud-dijo.

-¿Qué sería suficiente gratitud?-repuse.

-Pues suficiente gratitud como para cooperar con nosotros-dijo.

(...)

-¿A qué se refiere con «cooperar»?-pregunté.

-Es sí o no.

-Estudié Derecho-dije-. Soy jueza. No firmo contratos en blanco.

-No es jueza-me corrigió-. Ya no.- Pulsó un botón y por un interfono dijo-: Penitencia.-

Y, dirigiéndose a mí, concluyó-: Esperemos que aprenda a ser más agradecida. Rezaré por ello (Atwood 180).

No es como si fuera que Tía Lydia tuviera más opciones, de no haber aceptado ser parte del régimen, implicaría entonces su muerte, lo cual- la mayoría de los seres vivos- no desean. Por la vida se logra hacer lo impensable, incluso si eso significa vivir sin dignidad, puesto que no importa la dignidad, sino que solamente es relevante el simple hecho de *estar* vivo.

El borrado de la identidad propia de Tía Lydia es tan radical que en un momento llega no reconocerse a sí misma: “no conseguía ver una imagen clara de mi rostro en el espejo del cuarto de baño. ¿Quién era aquella persona? Los rasgos parecían borrosos” (Atwood 183), se despersonaliza al personaje, la alienación debe ser tan extrema como para que el sujeto olvide su identidad propia y así pueda imponérsele otra identidad. Como dice Tía Lydia: “Pensé que estaba aprendiendo a actuar; o más bien, a como ser actriz” (Atwood 203), precisamente porque la alienación hace propicia la instalación de un nuevo sujeto dentro del cuerpo de cada personaje que habita Gilead.

El control a través de la necropolítica:

La mejor manera de controlar a los sujetos dentro del régimen de Gilead es a través del terror de perder la vida; es decir, desde la necropolítica, definida por Paul B. Preciado en *Un apartamento en Urano* como: “(...) el gobierno de una población a través de la aplicación de las técnicas de muerte sobre una parte (o incluso la totalidad) de esa misma población en beneficio no de la población sino de una definición soberana y religiosa de identidad nacional” (Preciado 87). De igual manera, en el libro titulado *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*, se establece a la necropolítica como la manifestación del poder por parte de la soberanía, que en el caso del mundo de Atwood viene siendo el régimen de Gilead: “la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. Hacer morir o dejar vivir constituye, por tanto, los límites de la soberanía, sus

principales atributos. La soberanía consiste en ejercer un control sobre la mortalidad y definir la vida como despliegue y la manifestación del poder” (Mbembe 20). El poder del régimen, por lo tanto, se manifiesta a través de someter a los sujetos por medio del miedo de perder sus vidas, por el terror de la inexistencia.

Las únicas dos opciones que permite el régimen ante los personajes de *El cuento de la criada* y *Los testamentos* son: obedecer a costa de todo o morir, así de simple. Claramente, la mayoría de las personas optan por vivir y, las pocas que son sentenciadas a muerte, ha sido porque fueron halladas desobedeciendo en la clandestinidad. Como puede observarse, la muerte no es elegida, pero en ciertos casos se juega con ella.

La necropolítica en *El cuento de la criada* no es el punto esencial de la narración. Defred cuenta sus vivencias y, dentro de éstas, enuncia casos breves en los que asesinan a personas. Uno de los momentos en los que se trae a colación la necropolítica en esta obra es cuando Defred dice: “Nos detenemos al mismo tiempo, como si respondiéramos a una señal, y nos quedamos mirando los cuerpos. No importa que miremos. Podemos hacerlo: para eso están ahí, colgados del Muro. A veces los dejan durante días (...) para que los vea la mayor cantidad de gente posible” (Atwood 62). De esa manera controlan con el miedo a los personajes. Cuelgan a los asesinados en el Muro para recordarles permanentemente cómo funciona el sistema del régimen: quien desobedece muere.

Existen dos momentos más en el libro en el que se da la necropolítica en el Salvamento⁴, uno se da contra una criada, no se sabe exactamente el porqué, pues su crimen no es nombrado. De hecho Defred especula: “¿Infidelidad, o un atentado contra la vida de un Comandante?” (Atwood 370). Luego prosigue el evento:

⁴ Evento público en el que asesinan a las personas condenadas por cometer algún crimen contra el régimen de Gilead.

He visto esto antes: la bolsa blanca en la cabeza, ayudan a la mujer a subir al alto taburete (...) y la sostienen allí arriba, el lazo ajustado alrededor del cuello como un escapulario, y luego una patada al taburete para apartarlo (...) He visto los pies dando patadas y a la pareja que va vestida de negro agarrada a ellos y tirando hacia abajo con todas sus fuerzas (Atwood 371).

También, aunque es más extraño, se asesina a un hombre por haber sido acusado de violación. Es raro debido a que normalmente por este tipo de comportamientos se le culpa a las mujeres y no a los hombres, como se enunció en el caso de Janine, ella era la culpable de su propia violación, no quienes realmente cometieron ese acto. Sin embargo, a los pocos hombres que condena, el castigo es impartido por las criadas presentes en el evento del Salvamento:

Se produce un movimiento hacia adelante (...) El aire está impregnado de adrenalina, todo nos está permitido (...) Deglen se abre paso entre las mujeres dando codazos a diestro y siniestro y corre hacia él. Lo hace caer de costado y le patea la cabeza con furia, una, dos, tres veces, con golpes secos y certeros (Atwood 375).

En ambos casos es posible evidenciar la necropolítica, el castigo de la muerte se imparte en quienes faltan al respeto, de cualquier forma posible, al régimen. Tanto en el caso de hombres como mujeres, pero en cuanto a las mujeres ellas predominan como los seres castigados porque son los sujetos que más normas por cumplir poseen, así se da el manejo de los cuerpos.

Por otro lado, en *Los testamentos*, el asunto de la necropolítica es más relevante porque se convierte en uno de los pilares principales de toda la narración, debido a que alrededor de un tercio de la historia son los recuerdos de Tía Lydia en el que cuenta sus propias experiencias de cómo el régimen empezó a funcionar a partir de hacer constante uso de esta herramienta. De hecho, la participación de Tía Lydia dentro del régimen, como se veía con la alienación, se

debe a la imposición de la necropolítica, ella narra el momento exacto en el que no le quedó ninguna otra opción:

(...) Así pues, ¿con qué se queda?

-¿Se refiere a sí o no?- contesté en cambio.

-Exacto, ya ha experimentado las consecuencias del «no», o por lo menos algunas. Mientras que del «sí»... Permítame sólo que diga que quienes no están con nosotros, están contra nosotros.

-Ya veo- contesté-. Entonces, me quedo con el «sí» (Atwood 210).

La propuesta de la vida o la muerte se imparte justo cuando se le han aplicado al sujeto técnicas de tortura, puesto que el sufrimiento es hasta más fatídico que la misma muerte. Es así como Tía Lydia se encuentra frente al dilema de vivir amparada por el régimen o ser torturada hasta morir. Claramente es de esperar que el personaje tomara la opción de la vida como lo hizo.

Además, también se evidencia este reglamento del régimen desde la experiencia propia de Agnes al haberse criado en Gilead. Ella, como sus demás compañeras de colegio, debían ser llevadas en cierta edad específica a los Salvamentos para que fueran testigos de cómo asesinaban a las personas que incumplían las reglas establecidas: “Más adelante nos permitirían asistir a los Salvamentos y los Exhibirrezos, con nuestros vestidos y velos blancos, a ver cómo ahorcaban o casaban gente” (Atwood 25), desde la infancia se instauraba el terror. Agnes sigue narrando en su historia sobre Gilead el funcionamiento del régimen: “las adúlteras acababan lapidadas o colgadas del cuello con un saco en la cabeza” (Atwood 35), a través de la necropolítica se instaura el temor que impide el incumplimiento de las normas y, de igual manera, permite la adoctrinación de los sujetos.

Incluso, en otra conversación que posee Agnes con su amiga Becka, mencionan lo siguiente:

-No tienes elección. Si te quedas aquí, ¿qué será de Nicole? Y a Tía Lydia no le gustará que te interroguen y te obliguen a contarle todos los planes que ha hecho. O Tía Vidala querrá interrogante, y eso sería el fin.

-¿Insinúas que me mataría?

-Tarde o temprano. Si no ella, alguien (...) Es lo que hacen (Atwood 434).

Es verídico y diáfano cómo implícita y explícitamente se establece el funcionamiento del régimen a partir de las técnicas de tortura y muerte. Los sujetos que habitan los terrenos de Gilead saben de una u otra forma que de no cumplir con lo establecido, su única sentencia es el fin de la vida.

La necropolítica es extraída de la Biblia por el régimen de Gilead, como se ha mencionado a través de este estudio, las normas y concepciones del pensamiento judeocristiano han sido la base donde se estructura e implanta el régimen de Gilead. El tema de la muerte, el castigo, la sangre, se conciben por los personajes como formas naturales y comunes debido a que las Sagradas Escrituras lo demuestran. Se evidencia en una reflexión que realiza Agnes debido a que será una persona que tendrá en un momento cercano su menstruación:

Pronto empezaría a sangrar entre las piernas: a muchas chicas de la escuela ya les había ocurrido. ¿Por qué Dios lo había dispuesto de ese modo? Desde luego tenía un interés especial en la sangre, como bien sabíamos por los versículos de las Escrituras que nos leían en clase: sangre, purificación, más sangre, más purificación, derramamiento de sangre para purificar a los impuros, aunque debías evitar que te manchara las manos.

La sangre corrompía, y en particular si provenía de las chicas, a pesar de que hubo un tiempo en que a Dios le gustaba derramarla sobre sus altares (Atwood 104).

La sangre viene siendo concebida como la manera de purificar los malos actos, por esto está relacionado con la necropolítica. Como se estipuló en el Capítulo I, el control de los cuerpos se da por la soberanía que es representada como el régimen de Gilead, la muerte es la

única opción viable para el sometimiento de los sujetos, lo cual se sustenta en los dictámenes bíblicos.

CAPÍTULO III

Cincelar el mármol

Mudamos de piel,

no debido al ciclo.

Mudamos de piel

porque nos desollan.

Nos han desfigurado

al punto de ser irreconocibles.

No reconozco mi nombre,

¿quién eres tú?

Mudamos de piel,

trazo a trazo nos diseñan.

Mudamos de piel

porque ya no somos quienes éramos antes.

No reconozco mi rostro

y mi cuerpo es de otro ser,

¿quién se supone que soy?

Mudamos de piel

porque si no, solo nos queda la muerte.

El poder y la debilidad:

El régimen de Gilead se caracteriza por tener una ideología que se basa en el patriarcado y en la concepción más ortodoxa del pensamiento judeocristiano. En cuanto al sistema patriarcal, el régimen de Gilead adquiere la concepción de la división de los sexos y el control de estos a través de los géneros; es decir, apela por la división de los sujetos a partir de sus cuerpos y las diferencias biológicas que existen entre ellos: vulva-senos y pene. De acuerdo a esa división corpórea, se relegan comportamientos específicos. Para los cuerpos con vulva-senos, los cuales se les determina como “mujer”, se le imponen comportamientos que se fundamentan principalmente en la sumisión y la obediencia frente al otro sexo-género, lo cual es llamado como “femenino”. En cambio, para los cuerpos con pene, determinados como “hombre”, les es impuesto un comportamiento de dominio y fortaleza frente al sexo-género contrario, lo cual es nombrado como “masculino”. Justamente esto es lo que construye al régimen de Gilead. Además, se le agrega la concepción del pensamiento judeocristiano ortodoxo que estipula que las leyes divinas avalan la división de sexo-género, pues el ser supremo (Dios), ha construido los cuerpos diferentes para que se comporten de manera variada. A esto se le añade la tiranía humana y violenta, creando así un dominio entre esa misma división. Por esto, al ser biológicamente “más fuerte” el hombre que la mujer, significa que la parte “más débil” debe estar sometida ante la parte “dominante”.

Precisamente, es necesario tener muy presente el primer epígrafe de la obra de *El cuento de la criada*, debido a que ahí se nota la influencia bíblica mostrando la base de la cual parte la narración de todo el relato:

Y viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y dijo a Jacob:
«Dame hijos, o me moriré.»

Y Jacob se enojó con Raquel, y le dijo: «¿Soy yo, en lugar de Dios, quien te niega el fruto de tu vientre?»

Y ella dijo: «He aquí a mi sierva Bilhá; únete a ella y parirá sobre mis rodillas, y yo también tendré hijos de ella.» (Atwood 9).

Esta cita bíblica soporta toda la concepción de lo que es una criada, pues Defred será como la esclava Bilhá, sometida y obligada a concebir hijos que no serán suyos. Ella dejará de ser persona para convertirse solamente en un objeto. Se complementa en una canción que aparece en *Los testamentos*: “*nuestras Criadas, hermanas caídas, y las redima a través del sacrificio de sus cuerpos y su labor según Su voluntad*”⁵ (Atwood 46), las criadas serán solamente cuerpos y no personas, debido a que su valor reside en su capacidad de procrear, en nada más.

Como expone Judith Butler en *Cuerpos que importan*, las mujeres cargadas por eso “femenino” están relegadas a sus valores biológicos-corpóreos: “(...) lo femenino es una cosa permanente y, por lo tanto, carente de vida y forma, que no puede nombrarse. Y como nodriza, madre, vientre, útero, lo femenino se reduce (...) a un conjunto de funciones representativas” (92). La mujer viene siendo funciones y no sujeto, *sirven* para el sistema del régimen de acuerdo a las posibilidades de sus cuerpos, es reproductora del sistema, es únicamente importante por las características biológicas que posee, sencillamente se resume en ser útero. Se genera una desunión entre la psique y el cuerpo, Defred recuerda quién era, pero al mismo tiempo ha dejado de ser para convertirse en solo un cuerpo y esto la ha llevado al extremo de rechazarlo en su totalidad como se evidencia en *El cuento de la criada*: “Mi desnudez me parece extraña. Mi cuerpo parece anticuado (...) vergonzoso, impúdico. Evito mirar mi cuerpo, no tanto porque sea algo vergonzoso o impúdico, sino porque no quiero verlo. No quiero mirar algo que me determina de forma tan absoluta” (Atwood 102).

⁵ Cursiva original del libro *Los testamentos*.

El cuerpo de Defred representa no la posibilidad de una persona, sino la imposición de lo que debe significar para el régimen. En el mismo libro, se evidencia igualmente la temática cuando Defred pronuncia: “Nosotras somos recipientes, lo único importante es el interior de nuestros cuerpos” (Atwood 143) y “Somos matrices con patas, eso es todo: recipientes sagrados, cálices ambulantes” (Atwood 196), las criadas importan por sus úteros. De hecho, si el régimen hubiese inventado una forma de concebir bebés en algún útero robótico conseguido con la ciencia, fácilmente exterminarían a las criadas por ser seres, vistos por el régimen, como impuros.

Paul B. Preciado, sustenta lo anterior en la siguiente cita de su libro *Manifiesto contrasexual*:

Los cuerpos solo son reconocidos como humanos en cuanto productores potenciales de óvulos o espermatozoides para ser ubicados dentro de una cadena de producción y reproducción fordista de la familia y por extensión de la nación, de la corporación... del humanismo terráqueo (Preciado 32).

La importancia de los personajes mujeres radica en la reproducibilidad de sus cuerpos. Es relevante enunciar que se genera esto en los personajes *mujeres*, debido al funcionamiento del patriarcado dentro del régimen. Los hombres, para Gilead, son suficientes por sí mismos, no están incompletos y nunca se indaga o cuestiona sobre su capacidad de reproducirse, se da por hecho que ellos no son el problema. De haber un problema en la concepción de un bebé o que nazca un No Bebé⁶ -como lo llaman en esta distopía- radica plenamente en las mujeres, el problema estaría en sus úteros y en su posible infertilidad. El caso es que en cualquier situación donde haya algún problema, la mujer es la persona castigada, incluso lo respaldan en el régimen hablando del castigo divino sobre las mujeres. Debido a que Dios al ser un “hombre”, ¿por qué sería el hombre humano menos perfecto.

⁶ Bebé que nace con alguna deformidad congénita y no es propenso para vivir.

La identidad impuesta:

En el Capítulo II se podía observar cómo el régimen de Gilead hizo efectiva la erradicación de la identidad propia de todo sujeto que se ve sometido bajo su poder a través de técnicas de alienación y necropolítica. De esta manera, cada personaje queda como una página en blanco la cual puede ser rayada a petición de quien posee la pluma. Como se ha venido estipulando en el presente capítulo, la identidad impuesta por el régimen se basa en el patriarcado y la concepción más ortodoxa de lo judeocristiano, haciendo así que se cree una división entre los sexos de manera abrupta. Para comprender esto, se debe entender el sistema sexo-género que se abarcará desde *Cuerpos que importan* de Judith Butler y *Manifiesto contrasexual* de Paul B. Preciado.

Tanto el sexo como el género son construcciones socioculturales que dependen, como la misma palabra lo presupone, de cada sociedad determinada. Puede que en ciertos territorios lo que el sexo y el género signifique para unos, no necesariamente sea igual para otros territorios. Un caso básico es por ejemplo la comparación de que un hombre use falda en Escocia o en Colombia: claramente es visto como algo extraño e indebido que un hombre tenga una falda puesta en un contexto colombiano, debido a que la falda es una prenda femenina para un cuerpo de mujer en este espacio geográfico, es mal visto pues en este caso el hombre perdería su masculinidad y se le cuestionaría su identidad completa; sin embargo, para ciertos hombres en Escocia no es extraño usar una falda o *kilt*, que incluso hace parte de su ropa tradicional, el uso del *kilt* no hace que se cuestione la identidad del hombre que lo posee.

Se mencionó que el sexo es igualmente que el género una construcción sociocultural, puede ser compleja esta afirmación, ya que de forma general se piensa el sexo como un asunto biológico-fisiológico y el género como lo sociocultural. No obstante, la medicina y la ciencia son ramas que se ven bastante permeadas por la subjetividad de las personas que pertenecen a

ese ámbito; es decir, si un doctor es una persona cuya ideología es tradicional, dictaminará que la intersexualidad es una malformación congénita mientras que otro médico, con un pensamiento más diverso, dirá que es natural. Aquí se ve cómo la ideología cambia incluso las concepciones de lo físico, de los cuerpos. Por esto, el sexo debe considerarse también una *construcción* humana.

El sexo y el género son construidos por normas sociales y por la repetición inconsciente o no de éstas. Como dice Judith Butler en *Cuerpos que importan*: “La construcción no sólo se realiza en el tiempo, sino que es en sí misma un proceso temporal que opera a través de la reiteración de normas; en el curso de esta reiteración el sexo se produce” (Butler 29); es decir, es la repetición de las reglas socialmente establecidas las que crean el sexo y, puede pensarse de igual manera, al género. Lo anterior es un hecho performativo, lo cual define Butler en el mismo texto de la siguiente manera: “la performatividad debe entenderse, no como un “acto” singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (Butler 18) y “la comprensión de la performatividad, no como el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra, sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone” (Butler 19), la performatividad viene siendo entonces implementar constantemente las normas establecidas en el discurso social que imponen los comportamientos de los sujetos y el control de los cuerpos. Este es el discurso del patriarcado, senta su sistema creando una serie de reglas que condicionan a las personas de acuerdo a sus cuerpos, de tener vulva-senos se es “femenino” y de tener pene se es “masculino”, lo cual determina que el cuerpo tachado de “mujer” tiene una serie de normas por cumplir que se resumen dentro de lo “femenino”, mientras que el cuerpo tildado de “hombre” debe cumplir lo encerrado en lo “masculino”.

Se ha nombrado ya cómo el sexo y el género son imposiciones que cada sociedad imparte en sus sujetos, como prosigue Judith Butler: “el género es una asignación, se trata de

una asignación que nunca se asume plenamente de acuerdo con la expectativa” (Butler 324), cada cultura inventa lo que es el género y lo construye como un ideal que, al fin y al cabo, es imposible implementar en su totalidad. Las normas del sexo-género existen como manera de control y regulación de los cuerpos y, por ende, de cada persona. Al ser estas reglas proyecciones de ideales, los sujetos logran cumplirlas, pero no las encarnan perfectamente puesto que es imposible. No obstante, el funcionamiento del sistema sexo-género se genera con el cumplimiento mínimo de sus normas, las cuales son los pilares del pensamiento patriarcal y se pueden resumir en general con la dominación del hombre sobre la mujer avalado desde lo biológico y lo religioso. También, Butler completa su idea al proponer que “el “sexo” es un ideal regulatorio, una materialización forzosa y diferenciada de los cuerpos” (Butler 47), el sexo entonces es una manera de control de los sujetos debido a que se someten a comportamientos específicos que regulan el mismo sistema sexo-género socialmente establecido.

Por otro lado, Paul B. Preciado en *Manifiesto contrasexual* sustenta lo propuesto por Judith Butler, pues ambxs autorxs se rigen por una línea de pensamiento que determina que todo es un invento social, desde el construccionismo, de hecho Preciado dice lo siguiente: “Las categorías de hombre y de mujer no son naturales, son ideales normativos culturalmente contruidos, sujetos al cambio en el tiempo y las culturas” (Preciado 179), el sexo-género no es un asunto creado por la naturaleza, sino que es un producto del razonamiento humano en cuanto a su necesidad de taxonomizar toda su existencia, además no son categorías estáticas, sino que son movibles, pues se transforman a medida de que el mismo ser humano cambia. También manifiesta: “Los hombres y las mujeres son construcciones metonímicas del sistema heterosexual de producción y de reproducción que autoriza el sometimiento de las mujeres como fuerza de trabajo sexual y como medio de reproducción” (Preciado 52). El patriarcado se basa en la concepción de lo más primario de la heterosexualidad: hombre y mujer se

reproducen; sin embargo, en esta acción es la mujer quien se convierte en una máquina de parir, mientras que el hombre solamente insemina. Es la mujer la que se encuentra sometida dentro del funcionamiento de la producción de vida desde lo heterosexual, ya que se convierte solamente en cuerpo y en un objeto de utilidad social. De igual manera Paul B. Preciado estipula que:

El sexo es una tecnología de dominación heterosocial que reduce el cuerpo a zonas erógenas en función de una distribución asimétrica del poder entre los géneros (femenino/masculino), haciendo coincidir ciertos afectos con determinados órganos, ciertas sensaciones con determinadas reacciones anatómicas (Preciado 51).

La definición de los cuerpos a partir del sexo-género -como se ha venido estipulando- es una forma de tener vigilancia de los sujetos y, al mismo tiempo, control sobre estos. Lo anterior se debe a la significación de lo humano desde lo anatómico, desde la mirada biologicista que trata de determinar a las personas a través de la ciencia, pero como se vio previamente, se corre el riesgo de usar ese conocimiento como herramienta para avalar la subjetividad propia del sujeto que determina las funciones biológicas. Siendo así, Preciado propone que es “necesario pensar el sexo (...) como una tecnología biopolítica. Es decir, como un sistema complejo de estructuras reguladoras que controlan la relación entre los cuerpos” (Preciado 102); por lo tanto, el sistema sexo-género se creó para la dominación de las personas a partir de lo corpóreo.

Toda esta base teórica se manifiesta en la construcción de la sociedad y el régimen de Gilead, tanto en *El cuento de la criada* como en *Los testamentos*. Debido al control ejercido sobre los cuerpos por parte del régimen, surge la división entre las mujeres de acuerdo a sus posibilidades corpóreas: Tías, Martas, Esposas y Econoesposas, Criadas (explicadas en la introducción). Las mujeres en el régimen son importantes y, de hecho, solamente tienen derecho a la vida por lo que ofrezcan al gobierno desde sus cuerpos, si no, se vuelven

desechables. Es por esto que las Criadas son tan relevantes, debido a que sus cuerpos otorgan lo más buscado por el régimen que es la concepción de vida y la reproducción de sus ideologías a partir de esos nuevos cuerpos.

Resistencia identitaria:

Dado la maleabilidad identitaria comprendida en tres momentos (identidad agenciada, destrucción de la identidad e identidad impuesta) en las obras de Margaret Atwood, *El cuento de la criada* y *Los testamentos*, se puede observar cómo existe una resistencia en cada personaje, en este preciso caso principalmente en Defred y Tía Lydia, que se opone a la pérdida completa de la identidad agenciada que se tenía previo a la aparición del régimen de Gilead. Dado lo establecido en el apartado del Capítulo I, es menester recordar la importancia de traer al presente de los personajes sus nombres antes de que el régimen se los arrebatara, estos nombres representan la identidad propia y se evidencia en *El cuento de la criada* en el momento en el que las criadas eran adoctrinadas: “Así, de una cama a otra, comunicábamos nuestros nombres: Alma, Janine, Dolores, Moira, June” (Atwood 25), el nombrar implica realidad: “Porque si agregara tu nombre, te agregaría al mundo real” (Atwood 72), la resistencia por no olvidar el nombre es básica para perdurar.

Se manifiesta en los personajes una resistencia innata, como si fuese realmente imposible destruir una identidad. En Defred se expresa constantemente: “Suelo padecer estos ataques del pasado; son como desmayos, como una ola que invade mi mente” (Atwood 88), es inevitable para ella dejar atrás completamente su pasado, ya que éste se aferra a ella y por más esfuerzo que se tenga para tratar de extinguir la identidad, siempre queda una brasa que la revive: “y sigo repitiendo como en una plegaria: Estoy, estoy. Aún estoy” (Atwood 377), se genera una consciencia frente a la identidad propia y, justamente debido a eso, no logra

destruirse en su totalidad. Y en *Los testamentos*, la aparición de la resistencia de la identidad de Tía Lydia se da precisamente en las memorias que escribe contando la historia sobre cómo surgió el régimen, pues de esta forma, logra traer al presente su pasado y así no queda espacio para el olvido.

CAPÍTULO IV

El momento decisivo

Si llegas, tal vez tu existencia no me corrompa.

Pero es descomunal tu esencia.

No has entendido que el individuo existe también por su soledad.

Si llegas, tal vez tu existencia me destruya.

Porque es descomunal tu presencia.

No has entendido lo que un límite es y traspasas todas las barreras.

Si llegas, sé que querrás doblegarme

hasta que me arrodille a tus pies.

Y en parte lo haré.

Olvidaré un tiempo mi nombre, mi cuerpo, mi rostro, mi ser.

Pero la resistencia surge en el sujeto más desposeído de todo.

Y en parte no lo haré.

Recordaré mi identidad y lucharé hasta hacerla del todo mía nuevamente.

Volveré a mi nombre, mi cuerpo, mi rostro, mi ser

y tú dejarás de existir.

La identidad distópica:

A lo largo de este estudio, se ha ido planteando la transformación identitaria de los personajes de Defred y Tía Lydia, observando así lo que se nombrará como *identidad distópica*. Ésta se caracteriza por el movimiento establecido en los capítulos anteriores; es decir, la identidad de estos personajes asume una maleabilidad generada por un asunto meramente externo que es el régimen de Gilead, además obedece a una naturaleza que depende siempre de tres momentos: 1) la *identidad agenciada* que es cuando los sujetos tienen capacidad de decisión sobre sí mismos, ésta se interrumpe y pasa a generarse 2) la *destrucción de la identidad*, que se caracteriza por la despersonalización de los individuos para que sean susceptibles ante el sistema de poder de Gilead y, como último, se da 3) la *identidad impuesta* que es cuando el régimen logra construir en los personajes una identidad ideal para el funcionamiento de él mismo, a partir de las concepciones tradicionales patriarcales y judeocristianas sobre el sexo y el género. Estos tres momentos identitarios constituyen lo que viene siendo la *identidad distópica*.

¿Por qué trabajar la identidad en los personajes principales? Porque es la esencia del sujeto, pues ¿al fin y al cabo quién es un individuo sino su identidad? Lo humano puede resumirse entonces como un conjunto de identidades acuerpadas en un sinfín de individuos. Los personajes de Defred y Tía Lydia son, resumidamente, identidades. Por eso es relevante y de valía el estudio identitario en la obra de Atwood, puesto que hay que cuestionar la identidad por el hecho de que muta tanto por factores internos como por externos. ¿Es acaso más importante un momento identitario que otro?, ¿lo correcto es la identidad agenciada y no la identidad afectada por el régimen? Como tal, este estudio no busca establecer si es o no buena una identidad y no otra; no obstante, si se ha establecido que la identidad es acuerpada en un individuo, sería pertinente pensar en el poder que tiene el sujeto sobre sí mismo.

Los personajes en los diferentes libros de distintos autorxs, no suelen tener como regla general tener un cambio identitario extremo o un gran movimiento interno. Es claro que todo personaje se ve envuelto en una serie de situaciones que le dejan tres posibles caminos: 1) la probabilidad de crecer como sujeto, 2) la condena de decrecer como individuo y 3) no tener ningún cambio. De experimentar la opción primera o la segunda, que es lo más probable, se está hablando de un cambio identitario; sin embargo, suele ser leve o, como mínimo, el personaje tiene poder sobre dicho cambio, puede medir de cierta manera el nivel de afectación de su interacción con las situaciones externas. Por lo anterior, es que cualquier libro no distópico no cumple con una *identidad distópica*, es simplemente imposible, debido a que no hay un ente soberano que infrinja en la identidad del personaje y lo someta bajo los tres momentos requeridos anteriormente mencionados.

El rezo:

Alrededor de la mitad de la narración del libro de *El cuento de la criada*, Defred realiza una oración que trae a colación toda la problemática que se ha ido estableciendo. Se puede decir que Atwood realizó con este rezo una parodia del tan conocido Padre Nuestro:

Dios mío, Tú que estás en el Reino de los Cielos, que es adentro.

Me gustaría que me dijeras Tú nombre, quiero decir el verdadero. Aunque Tú también servirá.

Quisiera saber qué Te propones. Sea lo que fuere, por favor, ayúdame a superarlo.

Aunque tal vez esto no sea cosa Tuya; no creo ni remotamente que lo que está ocurriendo aquí sea lo que Tú querías.

Tengo suficiente pan de cada día, de esa manera no perderé el tiempo en eso. No es el principal problema. El problema está en tragártelo sin que te asfixie.

Llegamos a la parte del perdón. No te molestes en perdonarme. Hay cosas más importantes. Por ejemplo: si los demás están a salvo, que lo sigan estando. No permitas que sufran demasiado. Si tienen que morir, procura que sea de forma rápida. Tal vez puedas incluso brindarles un cielo. Para eso Te necesitamos. Para hacer el infierno nos bastamos solos.

Supongo que debería decir que perdono a quien ha hecho esto, quienquiera que haya sido, y lo que hacen ahora, sea lo que fuere. Lo intentaré, pero no es fácil.

Luego viene lo de la tentación. En el Centro, la tentación significaba mucho más que comer o dormir. Saber era una tentación. Lo que no sepáis no os puede tentar, solía decir Tía Lydia.

Quizá no quiera saber realmente qué está ocurriendo. Quizá sea mejor que lo ignore.

Quizá no soportase saberlo. La Caída fue una caída de la inocencia al conocimiento.

Pienso mucho en la araña, aunque ahora ya no está. Pero podría usar una percha del armario. He analizado las posibilidades. Lo único que habría que hacer después de atarse sería inclinar el peso hacia delante y no ofrecer resistencia.

Líbranos del mal.

A continuación viene lo del reino, el poder y la gloria. Ahora resulta difícil creer en eso. Pero de todos modos lo intentaré. Con esperanza como ponen en las lápidas.

Debes de sentirte bastante desgarrado. Supongo que no es la primera vez.

Si yo fuera Tú, estaría harta. Ya no podría más. Supongo que esa es la diferencia entre nosotros.

Me siento irreal hablándote de este modo. Me siento como si le hablara a una pared.

Me gustaría que Tú me contestaras. Me siento tan sola.

Completamente sola junto al teléfono. Salvo que no tengo teléfono. Y si lo tuviera, ¿a quién podría llamar?

Oh, Dios. Esto no es ninguna broma. Oh, Dios, oh, Dios. ¿Cómo seguir viviendo?

(Atwood 271).

Al haberse mencionado que este rezo es una parodia del Padre Nuestro, se refiere al hecho de que toma la estructura básica y los componentes esenciales de dicha oración y trastoca los sentidos agregando la carga de la realidad del mundo que existe bajo las normas y las dictaduras del régimen de Gilead. *Padre nuestro que estás en el cielo*/ “Dios mío, Tú que estás en el Reino de los Cielos, que es adentro” (Atwood 270), *santificado sea tu nombre*/ “Me gustaría que me dijeras Tú nombre, quiero decir el verdadero” (Atwood 270), *venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*/ “no creo ni remotamente que lo que está ocurriendo aquí sea lo que Tú querías” (Atwood 271), *danos hoy nuestro pan de cada día*/ “Tengo suficiente pan de cada día, de esa manera no perderé el tiempo en eso” (Atwood 271), *perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden*/ “Llegamos a la parte del perdón. No te molestes en perdonarme. Hay cosas más importantes” (Atwood 271), *no nos dejes caer en la tentación y libranos del mal*/ “Luego viene lo de la tentación. En el Centro, la tentación significaba mucho más que comer o dormir. Saber era una tentación (...) Libranos del mal” (Atwood 271), *porque tuyo es el reino, el poder y la gloria*/ “A continuación viene lo del reino, el poder y la gloria. Ahora resulta difícil creer en eso. Pero de todos modos lo intentaré” (Atwood 271), *por los siglos de los siglos, amén*/ “Oh, Dios. Esto no es ninguna broma. Oh, Dios, oh, Dios. ¿Cómo seguir viviendo?” (Atwood 271).

El Padre Nuestro es una oración que se caracteriza por nombrar y reconocer el poder de lo divino, además de ser un pedido para que el sujeto que lo rece pueda cumplir con las normas que aquella divinidad impuso para poder, en su posterior muerte, lograr pertenecer al reino de los cielos. Sin embargo, la versión de *El cuento de la criada*, muestra desgarradamente y de forma cruda la violenta realidad que padece Defred. Más que un reconocimiento de la

divinidad, es una súplica para que el sufrimiento se acabe, es un ruego para verle sentido a la existencia.

Se ha analizado la oración hecha por el personaje, ¿pero qué tiene que ver con la identidad? Si se escarba dentro del rezo, se pueden decodificar significados que remiten a los momentos identitarios pertenecientes a la *identidad distópica*. En el inicio de la oración, Defred indaga sobre el verdadero nombre de Dios y es necesario recordar la importancia de ese acto, pues es el nombre el que carga con la identidad agenciada. Reconocer el nombre de Dios, es que Defred reconozca su verdadero nombre, lo cual hace que su pasado retorne y le dé sentido a su existencia al recordarle quién es verdaderamente ella. Después, reconoce que vivir bajo el régimen de Gilead es una tarea asfixiante, esto está relacionado a la destrucción de la identidad, pues es consciente de que debió dejar de ser quien era para poder vivir dentro del régimen. Luego, prosigue con la descripción de lo que le hicieron en el Centro Rojo que tiene que ver con la imposición de la identidad que desea el régimen que ella posea. En definitiva, esta oración es la manifestación de la *identidad distópica*.

Conclusión:

El presente trabajo, como se ha podido ir evidenciando con su lectura, añade al campo del estudio de las distopías una visión no común frente a lo que anteriormente se había estado realizando, esto debido a que era común en las investigaciones sobre mundos distópicos literarios que se enfocaban sobre el asunto de la tecnología o, de manera general, el control del sistema sobre los sujetos, dicho control, siempre haciendo referencia ante el funcionamiento de la ideología política de cada dictadura en la que el sistema/nación fuese el ente que ejerciera su fuerza para someter a los sujetos que poseyera en su territorio. Es necesario aclarar que el

análisis de estas ideologías reflejadas en las distopías, no se habían estudiado meramente desde el aspecto de la afectación de la identidad a través de su construcción de sexo-género.

En la actualidad, está en furor el asunto de lo nombrado como teoría de género; por lo tanto, es muy relevante este estudio debido a que evidencia cómo las imposiciones de ideales y normas sobre sexo-género terminan afectando la identidad de cada personaje. No obstante, cabe remarcar que la identidad de estos personajes siempre tendrá un nivel de agencia y resistencia ante la imposición de factores externos que traten de distorsionarlas.

BIBLIOGRAFÍA

Atwood, Margaret. *El cuento de la criada*. Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A. Barcelona, 2017.

Atwood, Margaret. *Los testamentos*. Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A. Barcelona, 2019.

Bernal, María José y Guerra, Arturo. (2017). *Narrativas de la memoria colectiva en la educación no tradicional: otras posibilidades de construcción de las identidades nacionales*. (Trabajo de grado). Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

Butler, Judith. *Cuerpos que importan*. Argentina: Editorial Paidós SAICF, 2002.

Hall, Stuart y du Gay, Paul. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.S, 2003.

La Santa Biblia. Estados Unidos: Editorial Vida, 1999.

“Margaret Atwood on Feminism”. Subido por UNSW. *Youtube*, 12 septiembre 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=EP9D54n-YY0>.

“Margaret Atwood on The Handmaid's Tale, religion and becoming a writer”. Subido por wpsu. *Youtube*, 16 enero 2015, https://www.youtube.com/watch?v=D5Wj_JQ6NhY.

Naidu, Ravi. “Feminism in the novels of Margaret Atwood”. University Tirupati.

Pueblos Unidos. *Diccionario soviético de filosofía*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1965. p. 9.

Preciado, Paul B. *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: EDITORIAL ANAGRAMA S.A., 2022.

Preciado, Paul B. *Un apartamento en Urano*. Barcelona: EDITORIAL ANAGRAMA S.A., 2019.

Saldías Rossel, Gabriel Alejandro. *En el peor lugar posible: Teoría de lo distópico y su presencia en la narrativa tardofranquista española (1965-1975)*. España: UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA, 2015.

Vázquez Aburto, Javier. *Alienación e Institución*. Ciudad de México: Universidad Icel.